

OPINIÓN **CARLOS PEÑA** Casen: De vuelta al camino **DANIEL MANSUY** Venceremos, y será hermoso D 9

MINISTRA JEANNETTE JARA (PC):

“La izquierda ha hecho una reflexión autocrítica sobre su rol en los 70, a diferencia de otros” D 6



AMAYA FORCH:

“De Cecilia destaco su amor propio y su porfía ante lo establecido” D 2



ADELANTO DE SU NUEVO LIBRO:

Las revelaciones políticas del exministro Blumel

“El balance de ese viernes negro fue devastador (...); medio país, en una masiva fuga hacia la insensatez para la cual todavía no encuentro explicación, hizo vista gorda de la violencia. Y, además, el Estado chileno, en términos prácticos, no pudo o no supo responder con eficacia”.

“Un nuevo estado de excepción definitivamente terminaría por enardecer los ánimos (...). Ningún acuerdo sería posible con los militares en la calle, como me lo habían ratificado desde la oposición. Estábamos al borde del precipicio”.

“Me llamó Jaime Quintana para contarme que había salido humo blanco (...). No aguanté más la emoción. Tuve que salir un segundo al patio de La Moneda a tomar un poco de aire y pensar. Pensar en lo mucho que había pasado”. D 8 y D 9

El drástico cambio de tono de la UDI con el Gobierno D 10

Encuesta B&N: Los efectos del caso robo de computadores D 11



Las luchas políticas (y educativas) que cruzan el paro del Colegio de Profesores D 4

Felipe Calderón: “En lo político, México es una democracia a punto de caer” D 12

"LA VUELTA LARGA":

ADELANTO DE LAS MEMORIAS POLÍTICAS del exministro Blumel

Vivió las horas más complejas del gobierno de Piñera 2, primero como ministro de la Segpres y luego en Interior, tras un intempestivo nombramiento. En "La vuelta larga" (Ediciones UC), una "crónica personal de la crisis de octubre", Blumel narra esos nueve meses como segunda autoridad del país, pero también su década en política. Aquí, un adelanto. El libro estará en librerías el 1 de agosto.



En la foto, el Comité Político de Piñera, el 19 de octubre de 2019, un día después del estallido.

"Estaban destrozando las estaciones. En ese mismo instante supe que algo había cambiado. No sabía exactamente qué", recuerda el exministro sobre la quema del metro.

Quando dejó el Gobierno y el Ministerio del Interior, la idea ya le daba vueltas: escribir.

Pero ese 28 de julio de 2020, cuando cruzó la puerta de La Moneda, por primera vez no tenía un plan B.

Llevaba 15 años con plan A, desde que egresó de Ingeniería y se fue a trabajar a la Municipalidad de Futrono, luego a un máster a Inglaterra, y después a Libertad y Desarrollo. Y sobre todo, un trazado en política desde los 32 años, cuando en 2010 llegó al primer gobierno de Sebastián Piñera como jefe de gabinete del entonces ministro de la Segpres Cristián Larroulet —luego pasó cuatro años en la fundación Avanza Chile—, para volver con Piñera 2 como ministro secretario general de Gobierno.

Ahora, a los 43 recién cumplidos, estaba fuera.

Con ese día —su salida de Interior tras nueve meses que parecieron nueve años— comienza y termina "La vuelta larga", un libro que puede ser unas precoces memorias políticas, una crónica de octubre de 2019 —donde Blumel jugó un papel clave en el acuerdo del 15 de noviembre— y un relato muy personal de un período.

Su amigo Sebastián Soto —vicepresidente de la Comisión Experta del proceso constitucional— le dio el impulso. "Escribelo todo porque si no, lo vas a empezar a olvidar muy rápido", le dijo. Ahora había tiempo, encierro obligado por pandemia, y desconexión de las redes sociales después de estar "al borde de la cornisa", como decían algunos funcionarios de Palacio en ese período.

Los primeros días fuera del poder fueron extraños. Pero Blumel comenzó a recuperar el tiempo perdido con sus hijos, a leer todo lo que había dejado de lado y a escribir. El 18 de agosto de 2020 ya tenía una estructura. En noviembre entró a Horizontal y siguió al frente hasta enero de 2021, cuando se presentó a candidato a la Convención, campaña que terminó en mayo para él con una derrota que le pegó fuerte. Ahí retomó la escritura con fuerza por un año más. En julio de 2022, ya con Boric en la presidencia, terminó el manuscrito.

Con prólogo de Joaquín Fermandois, en el libro de Blumel están los entretelones de los momentos más tensos desde el 18-O.

Su intempestivo nombramiento como mi-

nistro del Interior 10 minutos antes de que asumiera el nuevo gabinete —el subcapítulo se llama "Sí, juro"—; la perplejidad con que se vivieron las primeras horas del 18 de octubre en La Moneda; el acuerdo del 15 de noviembre que le tocó armar por dentro; la violencia de los días previos; su relación con Carabineros, institución que estaba en su nivel de popularidad más bajo cuando llega a Interior, están entre las 380 páginas. También, su paso por la Segpres, su relación con parlamentarios como el hoy Presidente y entonces diputado Gabriel Boric, el desorden de las propias filas, el "fuego amigo", y su renuncia para que llegara el UDI Víctor Pérez.

"Vuelvo a preferir la vuelta larga, que es la de la política, la buena política, la de la negociación paciente y los acuerdos amplios", dice al final del libro, en 12 reflexiones sobre la democracia. Entre estas señala que "sigo estando convencido de lo que el país ganó no "sacando a los militares a la calle" en noviembre del 2019, que "respecto de muchos temas la izquierda radicalizada y cavernaria terminó pauteando y digitando a la izquierda moderada y democrática (...). Este, mucho más que los incendios y saqueos de las jornadas de octubre, fue el gran drama y la gran decepción".

ÚLTIMAS HORAS

Sabía que ese sería mi último día en La Moneda. Aun así, la jornada partió como de costumbre: despertador a las 5:30, lectura inmediata del reporte policial de la madrugada, revisión cruzada de la prensa y desayuno frugal con mi mujer, Paulina, y mis tres hijos, antes de salir a toda prisa hacia el Palacio. Así fue la gran mayoría de mis mañanas. Era mi rutina diaria desde que asumí en forma inesperada como ministro del Interior y Seguridad Pública nueve meses antes. Nueve meses en que el tiempo histórico superó largamente en velocidad y espesor al tiempo cronológico. Porque pocos momentos de nuestra historia pueden compararse con la increíble secuencia de sucesos que vivimos en ese breve período: el estallido social y de violencia del 18 de octubre de 2019, el posterior acuerdo constitucional del 15 de noviembre, la pandemia del coronavirus que aterrizó en Chile el 3 de marzo de 2020 y la profunda crisis económica que dejó su paso por el país. Un libreto telúrico y una secuen-

cia inmisericorde de eventos y adversidades que golpeó al país con una inclemencia pocas veces vista hasta entonces.

Con todo, esa mañana no sentí nada particularmente especial. Ni cansancio ni fastidio. Tampoco enojo ni decepción. A lo sumo, algo de nostalgia. Después de todo, la tarea fundamental que se me había encomendado, que era evitar un quiebre democrático, ya era un hecho casi zanjado.

La República seguía en pie. Y lo que venía ahora era algo natural, quizás duro, pero necesario.

LA HORA CERO

Al regresar a mi oficina me encontré con mi equipo de prensa mirando estupefactos las imágenes transmitidas por la televisión. Los noticieros mostraban una y otra vez una sucesión de incidentes y desmanes en el Metro, de un calibre muy distinto al de los días anteriores.

Puertas de acceso arrancadas de cuajo, torniquetes hechos trizas, pantallas LED de los andenes lanzadas a las líneas electrificadas del tren subterráneo. Estaban destrozando las estaciones. En ese mismo instante supe que algo había cambiado. No sabía exactamente qué. Tuve una sensación indeterminada, una especie de presagio que señalaba un camino sin retorno, un viaje hacia un rumbo nuevo y desconocido.

Eran casi las dos de la tarde.

(...)

A las diez de la noche la conmoción fue total. La televisión comenzó a transmitir en directo el incendio del edificio corporativo de Enel, en la esquina de Santa Rosa con Alonso de Ovalle en pleno centro de Santiago, siniestro que evocaba dramáticamente las imágenes de las Torres Gemelas ardiendo en Manhattan luego de los ataques terroristas de 2001. A pesar de las catastróficas evidencias, era difícil dar crédito a lo que estaban mostrando los noticieros. Si bien posteriormente se supo que lo que se quemó fue una escalera de servicio instalada provisoriamente a raíz de unas reparaciones, en ese momento desconocíamos el calibre del siniestro. No sabíamos si había gente al interior del edificio, si lo que ardía eran unos pisos o la torre completa. No sabíamos nada. Y temíamos lo peor (...).

Cerca de las once de la noche sonó el teléfono en mi oficina. Era el Presidente, para solicitarme una sola cosa: "Asegúrese con la Contraloría un trámite expedito de los decretos". Piñera había resuelto decretar estado de excepción constitucional por grave conmoción del orden público, algo inédito desde el retorno a la democracia. El nivel de violencia y desbande callejero hacía imposible cualquier otra alternativa. La mantención del orden público es una obligación formal del jefe de Estado y, ante la evidente incapacidad de las fuerzas de orden y seguridad para restablecerlo, no cabía

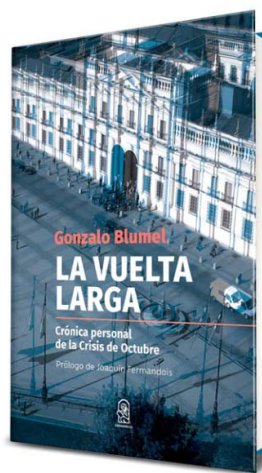
otra posibilidad que echar mano a las herramientas contempladas en la propia carta magna. No hacer nada era permitir que la ciudad terminase siendo completamente arrasada.

El balance de ese viernes negro fue devastador. No solo por los heridos, los incendios, los saqueos y el vandalismo. Fue demoledor también por otros dos conceptos: porque medio país, en una masiva fuga hacia la insensatez para la cual todavía no encuentro explicación, hizo vista gorda de la violencia y, además, porque el Estado chileno, en términos prácticos, no pudo o no supo responder con eficacia frente a lo que estaba ocurriendo. En más de un sentido, ese día nos desfondamos.

LA NOCHE MÁS LARGA

La cosa pintaba bien: poco a poco, avanzábamos. Salvo por un detalle: ese día estaba programada la huelga general de la Mesa de Unidad Social. El calendario lo tenía marcado en rojo. Era martes 12 de noviembre. Su manifiesto fundacional, que venía de agosto de 2019, era claro en sus propósitos. "Una indignación, molestia y rabia recorre el país, al sentir que se acrecientan las injusticias, las desigualdades y la impunidad, y al observar que casi no hay sector de la sociedad que no esté afectado por la corrupción o por la crisis moral, que corroe a gran parte de las instituciones de la república", decía el texto, que se nutría en partes iguales del Discurso sobre la crisis moral de la República de Enrique Mac Iver y del Manifiesto comunista de Marx y Engels.

Como ministro del Interior, tenía puesta toda mi atención en la ronda de negociaciones constitucionales en curso, pero como ministro de Seguridad Pública, estaba en permanente comunicación con Rodrigo Ubilla, los intendentes y las principales autoridades policiales del país, monitoreando el avance de las movilizaciones. Los informes de la mañana y del mediodía eran relativamente alentadores. Si bien se estaban desarrollando marchas de cierta convocatoría y cortes de ruta y barricadas, no había nada fuera de lo común teniendo en consideración los estándares post 18 de octubre. Sin embargo, a eso de las 17 horas, el panorama cambió rápida y dramáticamente. En cosa de minutos, en lo que parecía ser una minuciosa planificación, empezamos a recibir



"Es cierto que en política se requiere tener la piel gruesa. Yo creía no tenerla y tal vez terminé desarrollándola. Eso explica la cuota de impavidez con que me alistaba para mi propio funeral político".

"Medio país, en una masiva fuga hacia la insensatez para la cual todavía no encuentro explicación, hizo vista gorda de la violencia".

Ficha del libro

"La vuelta larga"
Gonzalo Blumel
Ediciones UC
388 páginas
En librerías el 1 de agosto

múltiples reportes desde todas las regiones del país que daban cuenta de un número cada vez mayor e inquietante de alteraciones al orden público. De las marchas y manifestaciones matutinas, que se desarrollaron en su mayoría sin grandes incidentes, pasamos a los saqueos, incendios, ataques a edificios públicos y fuertes y violentos enfrentamientos con la policía por parte de grupos de encapuchados.

Hubo dos momentos críticos durante esa jornada de movilizaciones. El primero fue el ataque al Cuartel N° 2 de la Escuela de Ingenieros Militares del Ejército en San Antonio, donde una turba de unas cien personas premeditadas de piedras, fierros y bombas molotov derribó los accesos, ingresando al recinto y generando desmanes en los patios de la unidad. (...)

El segundo momento crítico fue el incendio de la Parroquia de la Veracruz del Barrio Lastarria, en pleno centro de Santiago. (...)

Algo nuevo se había quebrado durante esa tarde. Los límites de la violencia se habían vuelto sencillamente intolerables.

A lo anterior se sumó una insólita e irresponsable declaración realizada durante la tarde por la totalidad de la oposición, desde la DC hasta el PC, que cayó como un balde de agua fría sobre las negociaciones constitucionales. La declaración, que buscaba dar cuenta de la unidad opositora, afirmaba que cualquier acuerdo constitucional debía ser sobre la base de una asamblea constituyente, cosa que era explícitamente rechazada por los principales dirigentes demócratacristianos hasta hacía cosa de horas. Fue, en simple, un portazo al diálogo, pese a que desde la oposición seguían insistiendo que este se mantenga vigente. La asamblea constituyente —lo

“No cabía otra posibilidad que echar mano a las herramientas de la carta magna. No hacer nada era permitir que la ciudad terminase arrasada”.

habíamos conversado la noche anterior— estaba mucho más allá de nuestras líneas rojas. Por lo mismo, significaba que las tratativas para una nueva Constitución habían quedado en un punto muerto. Ni ellos ni nosotros teníamos votos suficientes en el Congreso para avanzar unilateralmente hacia una salida política a la crisis, lo que nos dejaba en el peor de los mundos: acorralados por la violencia y sin vías de solución a la vista.

(...) Sacar a los militares nuevamente a la calle, luego de los ataques a las unidades militares y la dura advertencia del comunicado del Ejército, en medio de un momento tan convulsionado, cuando buscábamos ante todo una salida política al conflicto mediante un acuerdo constitucional, podía tener efectos irreversibles para nuestra convivencia democrática. Era sabido que el anterior estado de excepción había causado gran frustración en los mandos militares, debido a la evidente incapacidad demostrada para recuperar el orden público en los diez días que estuvieron a cargo de la situación. No cumplir con los objetivos dispuestos atentaba contra las lógicas más elementales de la preparación militar. Su formación era para la guerra; los deberes siempre debían ser alcanzados sin importar su precio.

Un nuevo estado de excepción definitivamente terminaría por enardecer los ánimos, escalando los niveles de violencia hasta límites insospechados, en línea con los deseos de los sectores más ultra (...). Poner nuevamente a los militares a cargo de la seguridad pública empujaría las cosas inexorablemente en esa dirección, inhibiendo cualquier intento de diálogo institucional con los sectores moderados de la centroizquierda. Un nuevo estado de excepción terminaría por abortar la búsqueda de una salida política a la crisis social. Ningún acuerdo sería posible con los militares en la calle, como me lo habían ratificado desde la oposición.

Estábamos al borde del precipicio.

PRIMEROS RAYOS DE LUZ

El Partido Comunista intentó boicotear el acuerdo hasta el final. La diputada Karol Cariola acusó en sus redes que el acuerdo era un “arreglín”, ya que el quórum de dos tercios terminaría transformando a la Convención en un “espejismo tramposo”. La diputada Carmen Hertz, por su parte, postuló en su cuenta de Twitter que no era la oposición la que negociaba, sino la ex-Concertación, que fraguaba un “arreglo impresentable”. En la misma línea, Camila Vallejo aseguró que no serían parte de “cocinas”.

Finalmente, pasada la medianoche me llamó Jaime Quintana para contarme que había salido humo blanco. “Hemos llegado a un acuerdo total, lo vamos a anunciar en los próximos minutos”, me comentó con alivio y buen ánimo el presidente del Senado.

No aguanté más la emoción. Tuve que salir un segundo al patio de La Menedra a tomar un poco de aire y pensar. Pensar en lo mucho que había pasado. Hacer un recuento de las vertiginosas y dramáticas últimas 48 horas. Recordar que habíamos estado al borde del precipicio, y, de repente, casi de improviso, se nos había abierto una nueva oportunidad. Empezábamos a cerrar una puerta, la de las horas más aciagas de nuestra democracia, para abrir otra, inexplorada e incierta, que nos llevaría por un pasillo que sin duda sería estrecho. ■

OPINIÓN



CARLOS PEÑA

Casen: De vuelta al camino

La encuesta Casen —se le presta menos atención que a la del CEP, pero es muchísimo más relevante— trajo algunas noticias que hace apenas unos meses, y para qué decir un par de años atrás, eran inimaginables.

Chile es el país con menor pobreza de Latinoamérica. Los indicadores de pobreza, aunque suene increíble, han registrado mínimos históricos (la pobreza por ingresos alcanza a un 6.5% y la pobreza extrema, a un 2%); la pobreza en otras dimensiones, como salud, vivienda o entorno, también disminuyó (en 3.4%), y la desigualdad se redujo (el índice Gini alcanza hoy a 0.47%).

Todos esos resultados son los mejores de la historia. Si se contrasta todo eso con el discurso público de hace apenas algún tiempo, dos o tres años atrás, se advierte un contraste que no vale la pena ocultar. Chile, se decía, era el país más desigual de la región y uno de los más desiguales del mundo; una minoría cicatera, mediante múltiples mecanismos, explotaba a la mayoría, y la focalización del gasto público ahondaba la desigualdad y lesionaba la cohesión social.

La modernización capitalista empujaba al país al precipicio. Y, sin embargo, parece que no era así, puesto que, salvo que se atribuyan a un milagro, un portento o a la obra de un demiurgo, esos notables resultados solo pueden ser producto de una trayectoria sostenida en el tiempo —como el Presidente Gabriel Boric lo ha subrayado, reiterando esa sana costumbre de reconocer sus errores, aunque de seguir así es de temer que no le quede tiempo para exponer sus aciertos—, una trayectoria que se extiende mucho más atrás que el comienzo del actual Gobierno y cuyas raíces se hundieron también, por decirlo de alguna forma, en los días previos a octubre del año 2019.

¿Qué enseñanzas gruesas podrían obtenerse de esos resultados? Desde luego, y como se sabía, pero durante un tiempo todos o casi todos se empeñaron en olvidar, los países que progresan suelen no tener soluciones de continuidad en sus políticas. Es lo que ha ocurrido en Chile, según muestran estos resultados. Ellos se han alcanzado no porque se hubiere abandonado el diseño que traían las políticas públicas, sino porque ese diseño se ha continuado y cuando ha sido necesario, se ha profundizado. Que un país como Chile, que experimentó una revuelta persistente y ha transitado desde un gobierno de derecha a uno de izquierda inicialmente afebrado (al parecer, ya no), logre disminuir la pobreza alcanzando mínimos históricos, es simplemente notable y enseña que en Chile hay convicciones subyacentes en las élites tecnocráticas, uno de cuyos representantes es el ministro

Marcel, que, afortunadamente, no han variado.

Se suma a ello que, como ha subrayado el ministro de Hacienda, esto muestra la relevancia de la acción estatal y de las transferencias que con cargo a rentas generales se realizan. Con mala voluntad se ha creído ver en esas palabras del ministro un ardid tendiente a desconocer la necesidad del crecimiento; pero no cabe duda de que ellas subrayan una verdad obvia (que cualquier manual de economía subraya): la mera interacción de las personas en el mercado no reduce por sí sola la pobreza. Se requiere una transferencia deliberada a los sectores más pobres, tanto en subsidios como en servicios generales (lo que J. Tobin, asesor de Kennedy, llamó igualitarismo general), para que la pobreza se reduzca y la autonomía de las familias para generar recursos se haga posible. Y no es cierto, como ya se comienza a insinuar (retomando un manido argumento que se formuló en el siglo XVII inglés), que los subsidios y las ayudas producen mendicidad. Cuando la gente accede al consumo y a los bienes básicos, la autonomía, como lo muestra la evolución de la cultura, comienza a expandirse.

Y como todo esto ha sido el producto de políticas focalizadas y no universales, también cabe poner en duda la idea de que la focalización del gasto incrementa la pobreza y deteriora la cohesión. Es probable que haya ciertos bienes de los que Martha Nussbaum llama relacionales (la educación es un buen ejemplo) donde focalizar cause daño y segregación. Pero ello no debe conducir a rechazarla como una cuestión de principio.

Hay quienes, cuando lean la Casen, en vez de alegrarse se empeñarán en relativizar sus resultados. Algunos dirán que este tipo de política disminuye la pobreza de ingresos, pero al mantener incólume la estructura que la produce, la apacigua y la domestica privándole de su potencial de rebeldía y transformación (lo debe estar pensando algún joven burgués de izquierda de habla vacilante y talento pudoroso), y hay otros que dirán que disminuir la pobreza mediante políticas de transferencia crea dependencia hacia los funcionarios y transforma al Estado en un ogro filantrópico (es lo que debe estar tejendo alguien de derecha mirando a la pasada un título de Octavio Paz).

Ambos se equivocan.

Disminuir la pobreza de ingresos, como lo ha estado haciendo Chile, y la pobreza multidimensional, es el camino para incrementar las capacidades que son la base de la libertad y de la responsabilidad. Lo único que quizá habría que recordar es que hasta hace muy poco —en esos días inflamados de hace algunos años, dos o tres— ese era, sin embargo, el camino que se quería abandonar. ■

La modernización capitalista empujaba al país al precipicio. Y, sin embargo, parece que no era así, puesto que, salvo que se atribuyan a un milagro, un portento o a la obra de un demiurgo, esos notables resultados solo pueden ser producto de una trayectoria sostenida en el tiempo.



DANIEL MANSUY

Venceremos, y será hermoso

“Los hombres hacen la historia, pero no saben la historia que hacen”. La frase pertenece a Marx, y sugiere que, en muchas ocasiones, los agentes se engañan respecto de sí mismos. Dicho de otro modo, quienes buscan alcanzar un determinado objetivo suelen encontrarse, al final del camino, con resultados muy distintos de los esperados. Por lo mismo, resulta fundamental vincular la reflexión sobre los fines con la reflexión sobre los medios. Si ambas dimensiones se desconectan, la política se convierte en un festival de improvisaciones, o peor, en concurso de amateurismo.

Estas preguntas pueden parecer abstractas, pero reflejan exactamente la situación política del Frente Amplio. La generación saltó a la vida pública con una intención muy definida: romper con las lógicas de la transición, impulsar desde el Estado una agenda de transformaciones profundas capaz de acabar —de una buena vez— con la peste neoliberal. Los otrora dirigentes estudiantiles buscaban, además, elevar los estándares morales y restaurar la confianza en el sistema político. Todo indica que, a estas alturas, estamos en condiciones de asegurar que lograron una singular proeza: ninguno de esos objetivos será cumplido. La pregunta que cabe formular entonces es: ¿qué historia están haciendo? Dicho en simple, ¿en qué consistirá el legado efectivo de la nueva izquierda, más allá de sus intenciones?

El balance es, desde luego, provisório, pero no deja de ser paradójico. Pensemos, por ejemplo, en el papel que los jóvenes progresistas querían darle al Estado. El aparato público era visto como la gran herramienta para superar los 30 años. En efecto, soñaban con un Estado más fuerte, más robusto, más benefactor y, sobre todo, más grande. Pues bien, ese propósito tiene su legitimidad, pero supone una condición ineludible: hay que mostrar probidad y buena gestión. Si se aspira a que los chilenos le confíen más prerrogativas al aparato público, y estén dispuestos a pagar más impuestos, es imprescindible dar prueba de que esos fondos son administrados correctamente. Las fallas de la izquierda en estas materias les hacen perder toda credibilidad a su discurso. En este punto, debe decirse que la derrota cultural de la izquierda es monumental. Los escándalos recientes en torno a las fundaciones son sintoma de negligencia inexcusable en algunos casos, y de imperdonable corrupción en otros. La duda que subsiste es cuántos años le tomará a la izquierda recuperar la autoridad para defender su proyecto: Chile saldrá de este ciclo más “neoliberal” de lo que entró. La conclusión es obvia: el gobierno de Boric —junto con el fracaso de la

Convención— puede terminar siendo extraordinariamente dañino para la propia izquierda. Los hombres no saben la historia que hacen.

Si volcamos nuestra atención al asunto de la seguridad, el asunto no es mucho más auspicioso. A partir de su actitud complaciente con la violencia octubrista, la nueva izquierda alimentó una dinámica que —tarde o temprano— se volcaría en su contra. Querían tomarse el cielo por asalto, pero la revolución de opereta fortaleció a sus peores adversarios (si alguien conserva alguna duda, basta mirar los datos de la última encuesta CEP). Hoy, los chilenos están más inclinados que nunca a recetas que privilegian la seguridad, y también desean limitar estrictamente la migración. La izquierda, como siempre, hará gárgaras de indignación, y denunciará el ascenso del autoritarismo y la xenofobia. Sin embargo, mientras no comprendan que sus propios discursos están en el origen del fenómeno, no podrán articular un relato coherente. El Frente Amplio soñaba con cambiar el país a punta de meterle inestabilidad (Sebastián Depolo *dixit*), pero, en la realidad, se ha constituido en el principal artífice del auge republicano. Los hombres no saben la historia que hacen.

El Frente Amplio también quería restaurar las confianzas. Una pieza clave de su diagnóstico era que la vieja guardia de la política había perdido el nexo con la sociedad, y que ya no respondía a la ciudadanía, sino a sus propios intereses. Prometieron restaurar el vínculo, hablar con la verdad y elevar todos los estándares. Este es, quizás, el peor pecado de la generación que nos gobierna. En efecto, los constantes cambios de opinión, las innumerables promesas no cumplidas (y que no se cumplirán), sumados a los problemas de corrupción, han contribuido a agravar nuestra crisis. Si el país confiaba poco en nuestra clase política, confiará aún menos al finalizar esta administración. Eso dejará, inevitablemente, abierta la puerta a cualquier tipo de aventuras. Los hombres no saben la historia que hacen.

Cuando estaban en la oposición, nuestros dirigentes frenteampulistas nunca contemplaron estas posibilidades: su entusiasmo progresista solo podía engendrar el más iluso de los optimismos (“venceremos, y será hermoso”). Esta consideración permite comprender el que es, en definitiva, su rasgo más notorio: la frivolidad. La insostenible frivolidad de quienes barrieron con todo a punta de consignas sin jamás darse el trabajo de reflexionar sobre aquella frase del viejo Marx. ■

Chile saldrá de este ciclo más “neoliberal” de lo que entró. La conclusión es obvia: el gobierno de Boric —junto con el fracaso de la Convención— puede terminar siendo extraordinariamente dañino para la propia izquierda.